



# Miguel Angel Sainz López Negrete. El Hombre, el Intelectual y el Emigrante

Not. José Luis Aguirre Anguiano



Not. José Luis Aguirre Anguiano

*Miguel Angel Sainz López Negrete.  
El hombre, el intelectual, el emigrante.-*

Ese gran filósofo vallisoletano, discípulo predilecto de Ortega y Gasset: Julián Marías, publicó en 1971 un profundo ensayo que tituló: “*Tres visiones de la vida humana*”, en donde aborda, entre otros temas: “*El hombre y sus historias*”.

Julián Marías se pregunta por qué el hombre duplica el mundo, su mundo a través de la ficción, historia, arte, drama, comedia, teatro, y se responde: “El hombre duplica su mundo mediante la ficción; además del que encuentra en torno suyo inventa otro; y sobre todo en forma de historias, de relatos, por lo pronto de ciertos relatos elementales, que son, no se olvide, modos primarios del conocimiento. Después se ha olvidado que los relatos superiores también lo son. Fábula, mito o parábola: tres modos de ficción elemental, tres intentos distintos que el hombre hace para entenderse a sí mismo y saber qué hacer con el realísimo mundo en que vive”.

Lo mismo hace el hombre con la historia, pero allí cuenta lo que realmente sucedió, salvo que en la ficción la temporalización es remota e indefinida, y en la historia, la temporalidad se data; si bien, la novela moderna como *El Quijote*, por poner un ejemplo, introduce la temporalidad en la ficción. Sin

embargo, no todo el hombre es un creador de ficciones o un buscador de historias. Hay quienes pasan por la vida, permítanme utilizar ese lugar común, como un tronco arrastrado por la tormenta, sin presentar resistencia, sin preguntarse nada, porque todo lo imaginario le parece irreal en su torpe materialismo.

El hombre creador, el novelista, el historiador, el artista, el filósofo, ya lo ha sugerido Julián Marías, es un buscador de la verdad, alguien que quiere entender lo que le rodea.

Hoy hablaremos de un hombre excepcional, que vivió un cúmulo de ricas, variadas, a veces bellas y a veces dramáticas experiencias, fue un buscador de la verdad, un hombre inquieto y aventurero a pesar de su apariencia tranquila y gentil. Era un gran conversador, hablaba con fascinación tanto de los utensilios que usaba el hombre en el paleolítico o de la catedral de Burgos y su arquitectura gótica o de las intrincadas selvas de Veracruz que recorrió, a lomo de caballo, como un conquistador o de la corte de Alfonso X el Sabio; luego alternaba largos y pensativos silencios lanzando a la lejanía, o a sus “mundos interiores” como decía Ortega, su mirada azul de poeta mientras fumaba lentamente su puro, bien lo decía, cito -de memoria, Margueritte Yourcenar, que : “*Los silen-*

*cios se encuentran llenos de palabras que no se han dicho”.*

Quisiera haber comprendido esas palabras no dichas por Miguel Sáinz. Quizás eran recuerdos del mar y la montaña de su amada Cantabria. Quizás eran imágenes de los bellos rostros de su esposa y de los hijos que engendraron, quizá miraba al Cid cabalgando a todo galope sobre los lomos de Babieca, su larga barba mesada por el aire, con La Colada o La Tizona, desenfundadas a la reconquista de Castilla o de Valencia, o quizás estaba creando algunos de los personajes de ficción, cruzando el inmenso Atlántico en una carabela, como una media nuecesita hacia las costas de nuestra patria a poner (como es el nombre de una de sus novelas): “La Cruz sobre el Teocall”.

Pero en lo que estoy seguro que ocupaba sus pensamientos era una búsqueda, quizá en algo que le apasionaba a él al igual que a todos nosotros: de nuestros signos de identidad.

Hay algo que mucho he respetado, pero no temo en llegar a ser monótono porque es una obviedad, pero al fin y al cabo una verdad como la copa de un pino. Los hispanoamericanos, los que no nos hemos perdido convirtiendo al mundo en un gran supermercado, en el cual lo único que verdaderamente importa es consumir, tenemos un ser desconyuntado, pues buscamos, amamos y soñamos con nuestros orígenes en la vieja piel de toro que se llama España aún en esos tiempos lejana y que al mismo tiempo amamos, esta tierra que pisamos que es tan nuestra y entrañable como la otra y que nos fastidia el océano que se encuentra en medio.

Y antes de entrar en un pequeño esbozo biográfico sobre Miguel Ángel Sáinz López Negrete (quien salvo en documentos oficiales, siempre se

firmó simplemente Miguel Sáinz López Negrete) y tratar de explicar cómo fue tantas cosas a la vez: cántabro, mexicano, indiano, emigrante, historiador, novelista, maestro, soñador y aventurero, hombre de empresa y de letras. Haré un breve recuerdo histórico que a él le fascinaba y con orgullo patriótico solía relatar, cuando cerca de la blasonada, nobiliaria y medieval Santillana del Mar, en tierra cántabra, que guarda sus profundas raíces, la de la colegiata de los capiteles de caballeros con legendarias monturas y armaduras, la de la torre gótica del Merino, que dicen “que sólo le falta el mar para ser perfecta, caminaban por la verde campiña, emocionados, admirando el bellissimo paisaje a escasos dos kilómetros de: “la villa de las tres mentiras” pues ni es santa, ni es llana, ni tiene mar.

Marcelino Sanz de Sautuola, aficionado a la arqueología y acompañado por su hija María en 1878, apoyado en un bastón que tanto ayuda a pasear a las personas cuya juventud ya quedó atrás, se le atoró el bastón en una hendidura del suelo, y allí abajo, encontró un invaluable tesoro: la entrada a las cuevas de Altamira. Estas pinturas rupestres, que se calcula fueron pintadas alrededor de 13,000 años antes de Cristo, son de origen paleolítico y conocidas como: “La Capilla Sixtina del Arte Rupestre”, en cuyo techo hay representaciones de bisontes, ciervos, caballos, algunos galopando, alcanzaron medidas a veces mayores a los dos metros, y en parte las pinturas aprovechan las grietas e imperfecciones de la roca curva para realzar volúmenes además de sus policromías roja, terracota, amarilla, violácea y ocre, perfilados en negro, que les otorga no sólo efectos de relieve, sino también de movimiento.

Ortega y Gasset se preguntaba: “¿No es un escándalo que el arte pictórico- una cosa

Hay quienes pasan por la vida, como un tronco arrastrado por la tormenta, sin presentar resistencia, sin preguntarse nada, porque todo lo imaginario le parece irreal en su torpe materialismo.

El hombre creador, el  
novelista, el  
historiador, el artista,  
el filósofo, ya lo  
ha sugerido Julián  
Marías, es un  
buscador de la  
verdad, alguien que  
quiere entender lo  
que le rodea.

*tan difícil según los pintores- comience desde luego con lo perfecto? ¿Cómo los salvajes de Altamira han podido así extraer la delicadeza, el ritmo, la gracia triunfante de estas figuras?"*

La verdad es que a Miguel Sáinz le enorgullecían todas las obras maestras del arte de Cantabria, ahora comunidad autónoma, de acuerdo con la sabia constitución española del 78, calidad jurídica que obtuvo de pleno derecho en 1982.

La oriundez cántabra de Miguel se delataba en su rostro aguileño, de barbilla y sienes vigorosas y su amor a la cultura, pues es casi increíble que una comunidad uniprovincial tan pequeña, haya dado a la humanidad hombres tan destacados como el beato de Liébana, Juan de la Cosa, Fray Antonio de Guevara, Antonio Hurtado de Mendoza, José Ma. De Pereda, Marcelino Menéndez Pelayo, Concha Espino y Gerardo Diego, sólo por mencionar algunos.

Pero centrándonos en nuestro cántabro Miguel Sáinz López Negrete, podemos decir la primera paradoja de su vida. Nació en Córdoba, Ver., un 18 de agosto de 1922.

Dirán ustedes, aquí algo no va bien, como un emigrante, indiano y cántabro es también mexicano y además veracruzano.

La historia es así: Miguel Sáinz López Negrete, cuyos orígenes documentó desde principios del Siglo XVII, pues también era genealogista y un extraordinario paleógrafo, fue hijo de Don Manuel Sáinz Pardo, nacido y de antigua familia oriunda de un pequeño y encantador pueblo cántabro, del cual luego hablaremos, o mejor dicho él nos hablará en sus escritos.

Su madre fue doña Elvira Susana López Negrete Sáinz de Arredondo, oriunda de Ramales de la Victoria, también en Cantabria de los Valles y

de "Peñas Arriba", como la novela de Pereda. Sus abuelos paternos fueron don Remigio Miguel Sáinz de Rozas, Gutiérrez de Otero, también nacido en Villar de Soba. Su abuelo materno fue don Manuel López Negrete García del Valle, nacido en Bocos Villarejo, en la castellanísima Burgos y su abuela materna fue doña Isabel Sáinz Arredondo Alfonsín, nacida en La Habana, Cuba, de familia proveniente de Lanestosa, Vizcaya, lo cual demuestra, que aunque Cuba en los tiempos de su abuela, antes del 98, aún era España, América ya atraía a la familia de Miguel.

Algunos de sus antepasados "villariegos," especialmente los de apellido Santayana, Gutiérrez de Otero y Gómez de las Bárcenas, figuran como nobles en el Catastro del Marqués de la Ensenada (hacia 1750), cosa por lo demás nada sorprendente, ya que todos los vecinos de Villar y muchos de otros pueblos sobanos lo eran a finales del siglo XVIII y añade: "aunque no tuviesen una peseta".

Así fue la emigración española sin la cual esta tierra que pisamos no sería México sino otra cosa.

Todos hablan de la inquieta sensibilidad artística del indígena que creó grandes culturas, lo cual es cierto. De lo perverso que eran los conquistadores, lo cual es una falta de perspectiva histórica, pues los conquistadores eran precisamente conquistadores del Siglo XVI, hombres de carne y hueso con virtudes heroicas e innegables defectos, no eran hermanas de la Madre Teresa de Calcuta. De la santidad y espíritu de sacrificio de los misioneros, lo cual, salvo excepciones es una gran verdad. Todos expresan la enorme aportación que para nuestro país fue la emigración republicana, lo cual también es una verdad irrefutable, lo digo así con

remordimiento de conciencia. ¿Qué hubiera hecho México, sin hombres como: Joaquín Xirau, Eduardo Nicol, José Gaos, Luis Recasens Siches, María Zambrano, Juan Larrea, José Manuel Gallegos Rocafull, José Bergamín, Pedro Garfias, tan sólo por nombrar algunos?.

Cuando en nuestra querida España, sin dejar un pedazo intacto, cabalgaron en la guerra civil, los aterradores cuatro jinetes del Apocalipsis, todos perdieron. Bien lo decía Pedro Garfias, en una estrofa en su famoso poema:

*“Entre España y México”.*

“Pueblo libre de México,  
Como otro tiempo por la mar  
salada  
Te va un río español de sangre roja  
De generosa sangre desbordada  
Pero eres tú esta vez quien nos con-  
quista y  
Y para siempre; oh vieja Nueva  
España”.

Siento que digo un blasfemia pero digo una gran verdad, parte fundamental de lo más valioso que perdió España lo ganamos nosotros.

Pero hay otra parte de nuestra identidad de la cual casi nadie se acuerda y que constituye una parte medular de nuestra identidad. El emigrante fue, históricamente hablando, un hidalgo segundón. El hermano mayor heredaba el mayorazgo o el caserío, el segundo a veces escogía el ejército, a veces el seminario, los demás a hacer la América.

Fue gente valiente, esforzada, que dejaba atrás lo que más quería. Salía con esperanzas de retorno, a veces lo lograba, regresaba a su pueblo enriquecido, era el “indiano”. La mayoría de las veces formó, durante tantas y tantas generaciones una familia mexicana, argentina, venezolana o de cualquiera de nuestros países hermanos.

Ha faltado una pluma grande que

escriba la historia del emigrante. Lo hizo, con bastante poca benevolencia, ese gran genio mitómano de la generación del 98, el “carlista por estética”, Ramón del Valle Inclán, en su: *“Tirano Banderas”*, que pintó cruelmente a la colonia española de su inventado país iberoamericano, pero su inspiración fue la historia, de un gran desesperado, un personaje inquietante que no fue precisamente el más piadoso de los conquistadores españoles, mi tocayo: Lope de Aguirre.

Pero esa obra, la novela que faltaba en las letras hispánicas ya se escribió, y la escribió Miguel Sáinz López Negrete, luego nos ocuparemos de ello. Es una obra genialmente realista, digna de un Galdós, o de un Balzac, se llama: *“Manuelón”*.

Pero sigamos con el esbozo biográfico de Manuel Sáinz.

En la familia de Miguel había ya antecedentes de algunos familiares que habían emigrado a México: dos hermanos de su abuelo paterno de apellido Sáinz, y un hermano de su abuelo materno de apellido López Negrete.

Curiosamente una rama del primitivo tronco López Negrete ya se había asentado en México años antes, uno de sus descendientes se dedicó al canto con cierto éxito y acortó su apellido para hacerlo más, digámoslo así, mercadotécnico. Quizás alguno de ustedes oyó hablar de él, su nombre fue: Jorge Negrete.

El padre de Miguel, don Manuel Sáinz Pardo y su esposa, emigraron a México y se afincaron en Córdoba, Ver., donde tenían relaciones de negocios, sin embargo, sobrevino un suceso trágico, esperaban un hijo que nació en Córdoba, el pequeño Miguel, pero doña Elvira su madre, falleció a los pocos días de nacido el niño. El padre de Miguel, viendo que América no le

**Los silencios se encuentran llenos de palabras que no se han dicho.**

Los hispanoamericanos, los que no nos hemos perdido convirtiendo al mundo en un gran supermercado en el cual lo único que verdaderamente importa es consumir...

había sido tan acogedora como a sus demás familiares emigrantes, regresó con el pequeño Miguel, de escasos dos años, a su tierra cántabra, convirtiéndose así en el indiano más pequeño que cruzó el mar.

Desde luego, los recuerdos de Miguel de su estancia primigenia en Córdoba se perdieron en la bruma de los tiempos.

Él me hizo confidencia de su más antiguo recuerdo infantil. Data del desembarque de su viaje de retorno a España y discurre en Santander, estaba el pequeño Miguel sentado en un diván verde (quizá la aduana) y le hacía rabiarse el no llegar con los pies al suelo. Entonces arribó un señor de barba blanca y le dio un beso en la frente, luego supo que era un arquitecto de renombre muy amigo de su abuelo materno.

El abuelo de Miguel fue un hombre de gran cultura, abogado, historiador, amante de las letras y republicano liberal, se convertiría pronto en una de las influencias más determinantes de Miguel.

Miguel y sus dos hermanos mayores quedaron al cuidado de su tía muy querida: María Sáinz Pardo, quien pasados los años se convertiría en la suegra de Miguel, pues era la madre de quien andando el tiempo sería su esposa: María Luisa Gómez Sáinz de Sáinz.

Miguel vivió en Santander en esa bella ciudad extendida, en sentido longitudinal a lo largo del Cantábrico, con sus casas y edificios de un indescriptible señorío orientadas hacia el mar.

El pequeño Miguel entró a estudiar con los escolapios. Allí, sin duda comenzó a interesarse por la historia cántabra y santanderina pues la historia de Santander es vieja y fascinante, desde las guerras contra los romanos que a manos de Augusto terminaron venciendo la resistencia cántabra, luego

la Edad Media en la cuál el que entonces se llamó, una vez cristianizado, Puerto de San Emeterio, se convirtió en la puerta de salida del Reino de Castilla para exportar la lana castellana.

Detalladamente, con la morosidad que debe tener un novelista y un historiador Miguel Sáinz ya adulto, escribiría y describiría la historia de esa su amada ciudad.

Posteriormente el padre de Miguel volvió a casarse y procreó cinco hijos.

Entretanto Miguel adolescente se había trasladado a Madrid a estudiar comercio en un colegio laico.

Mientras veraneaba con su abuelo en su pueblo Bocos estalló la guerra civil y una de las primeras víctimas fue el abogado republicano Miguel López Negrete- García del Valle, abuelo de Miguel que fue asesinado.

La mencionada tragedia colocó al adolescente Miguel y sus dos hermanos en la zona que dominó el llamado Ejército Nacional y lo único de bueno que logró obtener de esa sangrienta guerra fratricida, fue que aprendió a hablar el italiano entre los soldados invasores, mas Miguel, en plena guerra civil logró reunirse con su padre y hermanos en Santander, zona republicana, en donde su hermano mayor peleó la guerra y el adolescente Miguel y su hermano Luis lograron pasar a Portugal y embarcarse a su patria de nacimiento: México que amaría entrañablemente, pero también comenzaría a sentir y con intensidad, debido a sus circunstancias, ese ser descoyuntado al que ya me he referido, esa que es más que nostalgia, un vacío imposible de llenar si no se tiene el don de la ubicuidad, pues va contra el principio lógico-ontológico de no contradicción, es esa morriña de que nos hablaba en sus poemas gallegos, con inigualable hondura Rosalía de Castro, pero doblemente sentidos, de aquí



hacia allá, de allá hacia acá. Allende y aquende como se decía antiguamente.

Miguel, a la edad de 16 años se trasladó a Veracruz y luego a su nativa Córdoba donde trabaja con unos parientes en una abarrotera. Allí el joven culto con apetencia de saber y preguntarse por las cosas, recibe su primera lección.

Tuvo que empezar desde abajo, recibió una escoba y una botella de agua para que no se levantara el polvo y se le enseñó a barrer la tienda.

Pero trabajar en una abarrotera en Córdoba por aquellos días no era nada monótono, había que acudir a los pueblos cercanos a adquirir y a entregar mercancías y sobre todo a cobrar y a pagar, había desde luego que trasladarse a caballo. A veces, anochecía antes de llegar a un pueblo y la densa vegetación boscosa de aquellas regiones propiciaba el ataque de alguna fiera o de alguna partida de asaltantes, así que había que ser diestro en el manejo del caballo y de las armas.

Córdoba se fundó en 1618, con algunos vecinos que llegaron de Huatusco, para establecer una barrera de seguridad contra los negros cimarrones, esclavos africanos huidos y encabezados por el legendario Yanga.

Las fincas azucareras fueron la riqueza de la región hasta que a principios del Siglo XX cambió el cultivo por el del café en haciendas que casi siempre fueron propiedad de españoles.

La vida de Miguel dio un giro de ciento ochenta grados. El verde y el olor salino de su Santander, playas y acantilados, prados, pastizales con robles y hayas, helechos y brezos, se trocaron por los cafetales con sus rojos frutos y las palmeras y arbustos, las cañas de azúcar y esa luminosidad cegadora del paisaje mexicano y sobre todo, el paisaje humano, ese mestizaje tan

rico en aquella zona, con mezclas de indígenas, españoles y negros, mujeres morenas de grandes ojos oscuros y exótica belleza.

Pero quizá Miguel tendría ya otra gran nostalgia, una mujer de nívea blancura, ojos azules y pelo castaño (él siempre fue absolutamente discreto en su vida sentimental), pero en la nostalgia amorosa de uno de sus personajes de la novela histórica cruces sobre el Teocalli, el conquistador santanderino, Lope de Cajigas, ente de ficción, que se enrolla en la conquista de México y en medio del trópico recuerda su amor al otro lado del Atlántico por Constanza de Abascal, su bella paisana. Salvo que en la novela el conquistador se ve rechazado por su amada, por instigación de un malvado monje que la hace jurar que entrará en el convento si su apuesto caballero Lope salva la vida de una traidora herida. Lope se queda a vivir en la nueva España, iniciando un linaje mestizo. En la vida real Miguel regresó a España a casarse con su prima María Luisa Gómez Sáinz.

Pero para que eso ocurriera hubieron de pasar muchas cosas. Miguel, después de recorrer pueblos, rancherías, selvas y matorrales, entró a trabajar con sus tíos Don Ceferino y Don Tirso Sáinz Pardo, en donde aprendió los secretos del cultivo y beneficio y tostado del café. A partir de esas fechas nunca faltaría junto a su mesa una buena taza de café express acompañado de un excelente puro veracruzano o habano.

También con sus mencionados tíos, se trasladó a la ciudad de los Palacios, en aquéllos tiempos aún deliciosa, y los apoyó en sus negocios aceiteros, pues ellos fueron quienes con años de trabajo y dedicación dieron a nuestro país la vanguardia de la industria aceitera latinoamericana.

México, para Miguel no fue una

**Miguel Angel Sáinz  
López Negrete...  
cántabro, mexicano,  
indiano, emigrante,  
historiador, novelista,  
maestro, soñador y  
aventurero, hombre  
de empresa y de  
letras.**

**Miguel... tuvo que empezar desde abajo, recibió una escoba y una botella de agua para que no se levantara el polvo y se le enseñó a barrer la tienda.**

perita en dulce, compró cuanto libro pudo y el tiempo que el trabajo le permitía, desde luego tomando horas a la noche, leyó e investigó todo lo que estuvo a su alcance, que no fue poco, preferentemente sobre la historia de México y España. Vivía en una casa de asistencia en la cuál la patrona era una avara que sólo permitía a los huéspedes leer en la sala. Allí, entre jugadores de dominó con sus discretos dichos y ruido de fichas que con la delicadeza que se acostumbra colocar sobre la mesa, desde luego, con el fondo musical de la radio, Miguel leía y leía, impasible y absorto en la edad media española, las crónicas de indias y los clásicos del Siglo de Oro y de la Generación del 98 y del 27, sin descuidar a Galdós, Campoamor y desde luego a Don Marcelino Menéndez Pelayo y a Américo Castro, Menéndez Pidal y desde luego a Manuel Azaña y Max Aub.

Luego pasó de los libros a los archivos y de la historia a la paleografía, a la investigación y a la creación literaria.

Vivió también en Cd. Obregón a cargo de Aceites Vegetales de Sonora, también perteneciente a sus tíos, en donde realiza una notable labor cultural. Hace unos meses se le rindió un homenaje de reconocimiento habiéndose nombrado post-mortem Ciudadano de honor de Sonora.

En 1956 regresa a España a casarse con María Luisa Gómez Sáinz. La boda se lleva a cabo en la Iglesia de Santa Lucía.

El viaje de bodas lo realizaron recorriendo el norte de España hasta Compostela. Recorrieron hasta el Pórtico de la Gloria, precisamente el camino en que penetró en España la cultura europea y al resto de Europa la cultura española, así como llegaron a Galicia las pequeñas y apretadas vides de la cepa Riesling y ahí se produce allí

el vino de Albariño, el mejor blanco para degustar los mariscos de Galicia, de los que aquí no hay, llevado por un piadoso peregrino germánico según los centroeuropeos, pues de acuerdo a la versión gallega, la cosa fue a la inversa, el piadoso peregrino germánico gustó tanto del vino de Albariño que llevó la cepa y la trasplantó en centro Europa. Vaya usted a saber la verdad que es tan difícil de elucidar, sobre todo en Galicia, pues bien dicen los gallegos por poner un ejemplo, que: “las meigas no existen, pero de haberlas haylas”.

Continuando con el viaje de bodas de Miguel y María Luisa, visitaron Francia y llegaron a París, esa espléndida ciudad llena de maravillas, que es como un San Sebastián, pero grande y sin el mar cantábrico que es más grande aún. Seguro estoy que Miguel, en viaje de bodas y todo, comentaría con María Luisa, al menos la historia de Childerico I y Clodoveo hasta el General de Gaille pasando por los merovingios, Carlomagno, los Carolingios, los Capetos, los Valois, los Borbones, la Revolución Francesa y los Napoleones tan sólo por mencionar algo. De París los Sáinz López Negrete - Gómez Sáinz, llegan a Guadalajara, ciudad en que nacieron todos sus hijos, dotados todos de belleza e inteligencia poco común y además del don de lenguas pues todos son políglotas. Fueron el más grande orgullo de su padre. Ellos son: María Berenice, Psicóloga especializada en Terapia Gestalt y diplomada en psicodiagnóstico del test de Roschard; Laura Ligia, licenciada en Ciencias de la Comunicación; María Luisa, licenciada también en Ciencias de la Comunicación; Tania Isabel, licenciada en Ingeniería Química y Diego que cursó la carrera de Filosofía y quien pertenece a la Orden de Misioneros del Espíritu Santo. Aquí nos dejan Miguel y María

Luisa, un linaje mexicano, con sangre cántabra y creativa que corre por sus venas, como la de los pintores de caballos y bisontes de Altamira.

En Guadalajara, Miguel trabajó en Aceites Grasas y Derivados y después fundó la empresa Espumados Sintéticos y Original Muebles Personales, siendo en Jalisco el primero que introdujo la industria del poliuretano.

La labor cultural en Guadalajara de Miguel Sáinz López Negrete, fue múltiple y trascendente. Profesor en la Universidad de Guadalajara durante años, de historia de México y España y Lengua y Literatura Castellanas en donde ayudó a formar a varias generaciones de historiadores.

Uno de sus discípulos más queridos el historiador y escritor Pedro Franco López Heredia genealogista notable, me ha comunicado la intención de preparar un homenaje al maestro, que incluye la publicación de su obra inédita, lo cual creo que es una excelente idea.

Los viajes de Miguel a España se hicieron cada vez más frecuentes y uno de sus principales fines era hurgar en los archivos de Castilla y Santander para completar sus investigaciones históricas.

Estuvo durante varios años al frente del viejo Casino Español.

Miguel Sáinz fue también un colaborador del consulado de España y lo unió una fraternal amistad con todos los cónsules, especialmente arraigada con ese turolense que forma ya parte de la historia de Guadalajara: Don Jesús Dilla Gutiérrez y su esposa Doris Maubaum de Dilla, así como con esos tres pilares de la colonia española en Guadalajara que son: Miguel Angel Domínguez, Juan José Gómez Sáinz quien es además su primo y Manuel López Garmendia que en paz descansa. Y también con el entonces Cronista de la Cd. de Guadalajara, Lic. Juan López

Jiménez, quien además de historiador es abogado y notario público.

La amistad que llevaron durante toda su vida en Guadalajara nuestro vasco artista de la gastronomía, el eibarrés José Mari Iriarte Garmendia y Miguel Sáinz, fue consolidada, además de la simpatía mutua por la común afición a la cocina, pues Miguel fue un exigente gastrónomo de la tierra que cuenta entre sus tradiciones con una de las cocinas más ricas de España, la del cocido montañés, las almejas a la marinera, la de los quesos de Cantabria y de Liébana y tantos otros platillos de mar y tierra. Sin embargo lo que más gustaba a Miguel degustar era un villagodio con patatas fritas, acompañado de una buena copa de vino de la Rioja Alavesa

La obra literaria de Miguel Sáinz es extensa, pero desgraciadamente en buena parte inédita. Pero constituye un legado de Miguel a México y a España que no se debe dejar perder.

En 1954 Miguel obtuvo el primer premio del concurso internacional de novela que convocó el club España en la Cd. de México con: "*Cruces sobre el Teocalli*", que publicó la Editorial Aguilar.

La novela es un paradigma de lo que deber ser la novela histórica y se enlaza en la forma y en el fondo con sus otras dos grandes novelas aún inéditas: "*El Cristo de la Huaca*" y "*Manuelón*". El resto de la obra es variadísima y está formada por ensayos y conferencias, de muy diversa temática que van desde la investigación histórica, bibliográfica, biográfica, literaria, siempre con un afán de erudición y amor por el lenguaje, hasta relatos de viajes y costumbres, casi en todos los casos alrededor de México, España y el resto de Iberoamérica.

El amor por el verbo, las palabras, no se circunscribió en Miguel al castellano, al que amaba con pasión, pro-

México, para Miguel no fue una perita en dulce, compró cuanto libro pudo y el tiempo que el trabajo le permitía, desde luego tomando horas a la noche, leyó e investigó todo lo que estuvo a su alcance.



La originalidad de la novelística de Miguel Sáinz consiste precisamente en eso, es novela-verdad, sus personajes históricos son ellos, tal como fueron, el bisoño Carlos I de su primera época antes de convertirse en el gran Señor que fue su Real Católica y Cesárea Majestad.

nunciaba con perfección y se deleitaba en él, tratando de desentrañar en cada palabra no sólo su sentido actual sino su etimología, desarrollo y evolución, pues el lenguaje es algo vivo. Miguel, como un verdadero académico de la lengua, no se contentó con la investigación, sobre el habla regional de la costa y los valles de Cantabria sino que lo que se le presentó sin duda con una mayor dificultad, fueron las variaciones del habla de diferentes regiones de México y Perú, que le obligó, si no a dominar, al menos a conocer y traducir el náhuatl, el maya, el quechua y en menor grado el aymará y otras lenguas indígenas.

Normalmente Miguel Sáinz al final de sus novelas y algunos ensayos que lo ameritaban incluía un glosario, que llegaba a ser un pequeño diccionario etimológico de los modismos regionales o palabras indígenas incluidos en la obra en cuestión.

También incursionó Miguel Sáinz en el cuento y otras diversas formas de narrativa.

Las tres novelas de Miguel Sáinz guardan una forma clásica, siguiendo los cánones que van del siglo de oro hasta la generación del 98, siguiendo una secuencia de rigor cronológico, pero sin excluir disgresiones a la manera barrojana y algunas intercalaciones de carácter onírico, pues los sueños son parte de la vida, como nos decía nuestro inmortal Calderón de la Barca.

Las tres novelas son históricas y se encuentran como el Quijote de Cervantes, al menos las dos primeras novelas sobre todo "*Cruces sobre el Teocalli*" y "*El Cristo de la Huaca*", divididas en dos partes perfectamente diferenciadas. La primera se desarrolla en Santander en la época de Carlos I de España y V de Alemania. En "*Cruces sobre el Teocalli*" reconstruye la llegada del joven emperador con su corte de flamencos y bor-

goñones y el impacto que la llegada del emperador causó en la nobleza castellana y "*El Cristo de la Dacha*", describe la rebelión de los comuneros en tierras burgalesas y la segunda parte, cuya liga temática es de una lógica literaria irrefutable, casi diría una consecuencia temática forzosa y necesaria, se desarrolla, en la primera novela mencionada en la conquista de México por Hernán Cortés y en la segunda novela en la conquista de las tierras incaicas del Perú, en donde sus personajes de ficción se trasladan, interactúan, dialogan y luchan al lado de personajes históricos, habiéndose los protagonistas enrolado en la aventura americana, en la primera novela por un problema amoroso y en la segunda huyendo de los vencedores en la rebelión de los comuneros de Castilla.

Mas dirán ustedes, ¿qué originalidad ofrece una novela de corte clásico, después de las innovaciones en el tratamiento de los tiempos, las invasiones periódicas o el entretejido de monólogos interiores de un Proust, un Joyce o mi admirada Virginia Wolf?

La respuesta la da, (no me gusta usar esas palabras tratándose del arte), el mismo mercado o demanda novelística.

El lector de novelas ya sació su sed de artilugios técnico-literarios y busca ahora, otra vez, la novela de personajes vivos, de profundidad psicológica, de temática coherente e interesante. De ahí el renacimiento de la novela histórica como: "*El Nombre de la Rosa*", de Humberto Eco, o la literatura ciertamente de menor calado pero de innegables méritos, de un Pérez Reverte, que ha resucitado la novela de capa y espada con su capitán Alatriste.

La originalidad de la novelística de Miguel Sáinz consiste precisamente en eso, es novela-verdad, sus personajes históricos son ellos, tal como fueron,

el bisoño Carlos I de su primera época antes de convertirse en el gran Señor que fue su Real Católica y Cesárea Majestad, el invicto, a quien sólo lo retiró de su plus ultra, más allá, en su meditación en el verdadero más allá que nunca termina, fue a buscar a Yuste. Miguel investiga cada uno de esos personajes, como los conquistadores, los misioneros, los indígenas vencidos, el mestizaje que forman nuestros países e inventa a ciertos personajes, entes de ficción, tan vivos como Don Quijote y Sancho, que saliendo de España llegan a estas tierras, rigurosamente investigadas y luchan, pelean, traicionan, pecan y aman con un valor que sólo ellos tuvieron porque también conocieron el miedo y la nostalgia. Son seres vivos.

El conocimiento del lenguaje que dichos personajes hablan es el castellano de la época en que la acción transcurre y va siguiendo su evolución histórica, rompiendo la pesadez que podría tener una obra dotada de tanta erudición con el recurso literario de la abundancia de diálogos, tan usada por Cervantes, en ocasiones también entre el caballero y el escudero, como en la máxima novela de nuestro genial manco de Lepanto.

“Manuelón” por su parte, centra su originalidad en la pintura casi inédita en nuestra literatura :el emigrante. De hecho el es un protagonista principal, un personaje que existió, un tío de Miguel emigrado a Veracruz y a Córdoba en tiempos de la revolución mexicana.

La novela es un prodigio de aventuras de un realismo tan grande y emotivo que no lo había yo conocido desde a picaresca española de los siglos XVI y XVII, y sus más recientes retoños en la narrativa del 98, alguna novelas de Baroja y Galdós, y desde luego, en Camilo José Cela, en que se guardan

el realismo, la forma autobiográfica, el determinismo y la crítica sociales y la abundancia de antihéroes opuestos al antiguo concepto del noble caballero lleno de dignidad y de nobleza. Sin embargo, el emigrante Manuelón, no es un pícaro, sino que este papel lo asume el ambiente jarocho ingenioso y burlón que hace víctima de su sarcasmo ingenioso e ingenuo y a veces de sus agresiones, al españolito recién emigrado, pero también muestran la nobleza de sus corazones bullangueros y alegres.

La novela está, sin embargo, muy lejos del folklorismo fácil que abunda tanto en nuestra literatura. Es casi un documento notarial del emigrante mocetón que llega de su pueblo, allende el océano en busca de una mejor vida, de su lucha contra un medio a veces hostil que va templando su carácter. Como ese Manuelón que de ser un mozalbete un tanto inocente, va convirtiéndose en un hombre rudo, duelista, diestro en el manejo del revólver y el machete, en tiempos de revolución y que para defender lo suyo, así fuera una vaca ganada con su propio trabajo, no duda en batirse a duelo de pistola con un “alzado” o revolucionario frente a sus tropas que lo contemplan azorados.

También en esta novela está presente Santander y Villar de Soba, el recurso que utiliza nuestro novelista, no es como sus dos novelas anteriores la división de la novela en dos partes, sino los recuerdos nostálgicos, monólogos interiores o ensoñaciones, a veces llenos de ternura del emigrante sobano, recordando sus bosques, su casa, su familia...

Pregunté al novelista si algunas de las aventuras que adjudicaba a Manuelón no le ocurrieron a él, en sus años de emigración por la Córdoba mexicana, y me respondió afirmativamente y al

**Miguel investiga cada uno de esos personajes, como los conquistadores, los misioneros, los indígenas vencidos e inventa a ciertos personajes, entes de ficción que luchan, pelean, traicionan, pecan y aman...**

Miguel Sáinz López  
Negrete, un buscador  
de la verdad murió  
el día 19 de junio de  
2000, en su  
biblioteca, a la busca  
y rebusca de la  
verdad.

cuestionarle sobre el capítulo llamado “*El Huapango del Gallego*” ( en Veracruz como en otras partes de América aún llaman gallego a cualquier español), se rió socarronamente y me dejó con la duda.

La anécdota relatada, muy graciosa por cierto, es una muestra de la picardía jarocho.

El joven emigrante expresa su anhelo por cazar un tigre y los jarochos lo guían por la noche en la espesura selvática de los matorrales, con linternas alumbradoras, dejando al joven solo durante un largo tiempo. Por fin el joven sintió la presencia de un animal y apuntó su rifle hacia la fiera, matándola de un tiro entre los ojos. Acudieron los jarochos, prendieron las lámparas y soltaron la carcajada, pues en la maleza yacía muerto con una bala entre los ojos, un borriquillo.

El domingo llevaron al joven emigrante a la plaza del pueblo y los intérpretes que con arpa y guitarras que alegraban la tarde, se acercaron a él, cantando un huapango que así decía:

*“El gallego fue a cazar  
un tigre quiso matar...”*

y después en perfecta rima contaban la historia del burrito, alabando la puntería del cazador e imitando y exagerando con sorna, la pronunciación española de la c y la z cantaban:

*“Entre ceja y ceja  
un balazo le metió...”*

Quizá la mayor riqueza de la novela sea el estudio del lenguaje, tanto el veracruzano como el sobano. Miguel por ejemplo se regodea en el uso que los jarochos hacen para designar los colores de un caballo, los nombres de flora y fauna y el acento veracruzano tan cortado como el andaluz. Y con nostalgia recuerda los vocablos arcaicos y castellanos de la lejana Villa de Soba.

Esta novela, que como toda la obra

de Miguel Sáinz López Negrete debe ser sacada a la luz, nos demuestra una vez más la morriña incurable de todos nosotros, pero más hondamente sentida por el emigrante, pues para él es parte de su vida, para nosotros es parte de nuestra historia y también por el paso de los años de nuestra mitología.

Conversando con uno de los tapatíos más cultos que tengo el gusto de conocer, el Lic. Francisco Enrígue Zuloaga, le expresaba yo mis inquietudes por el arraigo a la tierra que tanto se nos achaca y con razón a los jaliscienses. Él me contestó. *“Ya dio la respuesta nuestro genial Juan Rulfo, en “El llano en llamas”. Quizá tenga razón, cuando a la gente del cerro de Luvina, el profesor les habla de la patria, ellos se ríen, no entienden, pero siguen la su tierra caliza pobre y pedregosa y cuando los increpa que por qué siguen allí, ellos contestan: “Pero si nosotros nos vamos, ¿quién cuidará a nuestros muertos? Ellos viven aquí y no podemos dejarlos solos.”*

La muerte es parte, la más importante de nuestra vida, y llega dice el evangelio como el ladrón, pues no sabemos ni el día ni la hora.

Tengo ahora frente a mí un bello poema de Rainer María Rilke, es una antología traducida al francés y no menciona de qué libro procede, quisiera tener la versión castellana naturalmente certeramente traducida pero a falta de ello leeré las dos primeras estrofas, muy bellas, del poema:

»Seigneur, donne á chacun sa propre mort, qui sois vraiment issue de cette vie, où il trouva l’amour, un sens et sa détresse.

Car nous ne sommes que la feuille et que l’écorce.

La gran mort que chacun porte en soi.

Elle et le fruit autour duquel tout change ».

“Señor da a cada quien su propia muerte.

Que sea verdaderamente salida de esta vida.

Donde econtró el amor, un sentido y su angustia.

Porque no somos sino la hoja y la corteza.

La grande muerte que cada quien lleva en sí.

El fruto alrededor del cual todo cambia.”.

Leo estas estrofas que me recuerdan una muerte bella. Yo la quisiera para mí, pero arriba está quien nos la escoge. Miguel Sáinz López Negrete, un buscador de la verdad murió el día 19 de junio de 2000, en su biblioteca, a la busca y rebusca de la verdad. Sus libros subrayados con mano firme nos muestran sus senderos, sus caminos y sus tropiezos.

Es mucho lo que nos deja, el espíritu de lucha, de seguir y no rendirse.

No rendirse jamás en esta gran nostalgia que es la vida, nostalgia y morriña de infinito.

La muerte de ese gran buscador de verdad, en la historia, en la novela, en el arte y en la belleza y en el cosmos, me recuerda los versos de Unamuno que escribió para sí, para ser escritos en su propia lápida. Y qué bien le vienen también a Miguel Sáinz López Negrete:

“Guárdame Padre Eterno en tu pecho,  
misterioso hogar.  
dormiré allí, pues vengo  
deshecho del duro bregar.”

Conferencia Impartida en el 32 curso de Información Sobre Guadalajara el día 23 de Octubre del 2003, en la Sala de Cabildos de la Presidencia municipal de Guadalajara con el patrocinio del Ayuntamiento Constitucional de Guadalajara y del Consulado General de España en Guadalajara.

Es mucho lo que nos  
deja, el espíritu de  
lucha, de seguir y no  
rendirse. No rendirse  
jamás en esta gran  
nostalgia que es la  
vida, nostalgia y  
morriña de infinito.